

# Explorando la expresión sexual de las personas mayores: una perspectiva antropológica en la ancianidad institucionalizada<sup>1</sup>

RAFAEL DÍAZ PERIS<sup>2</sup>

Este artículo propone una reflexión antropológica en torno a la expresión afectivo-sexual de la ancianidad. A partir de un trabajo de campo realizado en una residencia para personas mayores de la ciudad de Granada, el artículo explora los límites culturales de la vejez e identifica los mecanismos discursivos, espaciales y performativos mediante los cuales se condiciona su expresión sexual. Asimismo, el artículo señala las lógicas que se producen en las instituciones de carácter etario y sugiere nuevas perspectivas para una visión deontológica de la sexualidad.

This essay presents an anthropological reflection on the affective-sexual expression of the elderly. Based on a fieldwork, carried out in a nursing home in the city of Granada (Spain), the article explores the cultural limits of the so-called *third age* and identifies the discursive, spatial and performative mechanisms through which their sexual expression is conditioned. In the same vein, the article points out the logics that take place in nursing homes and suggests new perspectives for a deontological vision of sexuality.

## INTRODUCCIÓN

Como tantos otros ensayos que abordan el estudio de la sexualidad de las personas mayores (véanse, por ejemplo, Gómez García, 1995; González Moro y Rodríguez Rivera, 2006), hemos tenido la tentación de criticar las lagunas conceptuales y metodológicas que la antropología ha tenido a bien legitimar a lo largo de su recorrido académico. En efecto, existe

---

1 Este trabajo obtuvo el Premio de Antropología Social y Cultural Joaquín Costa 2017.

2 [rafaeldiaz@protonmail.com](mailto:rafaeldiaz@protonmail.com)

la presunción de que la disciplina, salvo generosas excepciones,<sup>3</sup> ha omitido, si no ocultado, tanto el análisis de la denominada *tercera edad* como el de los comportamientos sexuales, ambos fundamentales para una pretendida perspectiva holística en el estudio del ser humano. Sin embargo, desde los años setenta encontramos una pequeña explosión de publicaciones que, liberadas de una institución moralizada y moralizante, se dedican a desentrañar los dilemas prácticos y conceptuales que ofrece el aún oscuro campo de la sexualidad. Surge, a partir de entonces, una suerte de paradoja no exenta de ironía donde una abundancia de escritos sobre una aparente falta de escritos se empeña en descubrir, una y otra vez, su frágil condición. El estudio de la sexualidad en las personas mayores ya no es, por lo tanto, un acto combativo, original y a contracorriente; es un hecho científico que no necesita caer en la autocomplacencia para atribuirse peso académico.

La sexualidad en la ancianidad, sin embargo, dista mucho de aceptarse, tan siquiera concebirse, por un imaginario colectivo que, ajeno a las reivindicaciones de la gerontología, recrea y refuerza su rechazo a la vejez. Este rechazo encuentra su mayor expresión en el yo, donde el propio cuerpo parece ser un campo de batalla en el que roles y estereotipos, definidos alrededor de un envejecimiento natural (que es modelado, no obstante, discursivamente), pugnan por apropiarse de una identidad que ha de suponerse sexuada en tanto que *es*.

Este artículo se sirve del armazón teórico y metodológico desarrollado por la antropología de la sexualidad con el fin de aplicarlo al estudio de la vejez,<sup>4</sup> entendida esta como una categoría identitaria (auto) impuesta y definida de acuerdo con su contexto sociocultural. Sin pretender caer exclusivamente en una desnaturalización de las categorías de análisis, se incide en los mecanismos que recrean un colectivo desviado debido a su pretendida incapacidad (re)productiva. Así, desde una perspectiva política y estética (que confluyen, necesariamente, en una visión ética) pretendemos desentrañar las lógicas que condicionan la expresión sexual de las personas mayores.

## MARCO TEÓRICO

### El estudio etario

En el artículo pretendemos alejarnos de una esencialización que imponga a las personas mayores una afinidad confinante, incapaz de saberse subjetiva, mediante la cual se creen identidades sociales y personales. Si bien la disciplina comenzó a encargarse de desnaturalizar una

---

3 A este respecto, resulta paradigmática la obra de Bronislaw Malinowski *La vida sexual de los salvajes del noroeste de la Melanesia* (1929). Irónicamente, la obra de referencia para el estudio crítico y reflexivo de lo que podría considerarse una antropología de la sexualidad no será el volumen citado, de notable interés académico, sino su más pueril, escatológico y mundano *Diario de campo en Melanesia*.

4 Siendo el lenguaje, debido a su intrínseca cualidad clasificatoria y, por lo mismo, esencializadora, fuente de perversiones sin duda conocidas, nos vemos obligados a indicar en esta nota que términos tales como *ancianidad* o *vejez*, lejos de legitimar una relación de poder denotativa, responden a una mínima necesidad comunicativa.

estructura que, por sus fuertes implicaciones biológicas, se mantiene arraigada en el imaginario colectivo, creemos necesario<sup>5</sup> cercar los conceptos que han ayudado a generar el estudio antropológico de la edad.

### Antropología de la edad: la ancianidad como categoría social

La vieillesse est une voyageuse de nuit : la terre lui est cachée ; elle ne découvre plus que le ciel.

François-René de Chateaubriand, *La vie de Rancé*

Concebir la ancianidad como cultura conlleva no pocos dilemas conceptuales. La disciplina tiende a recurrir con inquietante facilidad al término *cultura*, siendo este más bien un adorno lingüístico que una sustentada (o siquiera útil) categoría epistemológica. Pese a todo, podemos encontrar en la antropología clásica numerosas referencias al estudio etario. Así, siguiendo a Radcliffe-Brown, distinguimos una categoría básica de análisis, a saber, el grado de edad:

Este término debe ser guardado para divisiones reconocidas de la vida de un individuo mientras pasa de la infancia a la vejez. Por lo tanto, cada persona pasa sucesivamente de un grado a otro, y, si vive lo suficiente, pasará a través de toda la serie: infante, niño, joven, hombre joven casado, anciano, o lo que sea. (Como se cita en Kropff, 2010)

Si bien puede resultarnos una definición algo tradicional, nos indica, mediante el último y más que sugerente *lo que sea*, que los grados de edad se definen según un reconocimiento social del grupo en el que se inscriben. Así, en la complicidad, no dudaríamos en calificar los grados de edad como relativos. En efecto, “cada cultura establece su periodización del itinerario vital. La secuencia es variable entre unas culturas y otras, y en el seno de una misma cultura a lo largo del tiempo” (Gómez García, 1995: 4). Por lo tanto, pese a tentarnos un posible consenso de los grados de edad más comunes (a saber, infancia, juventud, adultez y vejez), lo cierto es que varía mucho de una sociedad a otra. Más allá de una visión tradicional grecorromana, donde Cicerón, en su obra *De senectute*, clasifica los tres estadios que aún priman en nuestra sociedad y rigen una concepción literalmente escalonada,<sup>6</sup> encontramos casos etnográficos entre, por ejemplo, los nandi, quienes establecen hasta siete grados de edad (Gómez García, 1995).

Los grados de edad se encuentran bien delimitados en el imaginario colectivo gracias a los ritos de paso que, de acuerdo con el modelo genepiano, comprenden tres fases: separación,

5 Necesidad que se vio confirmada durante la entrevista a un individuo quien, al advertir el carácter antropológico del estudio, preguntó con notable tino: “Pero ¿no tendrías que estar estudiando la raza gitana?”.

6 Concepción que, sin duda, podemos sintetizar en las sabias palabras con las que Edipo resolvió el acertijo más celebre de la Antigüedad clásica: “Escucha, aun cuando no quieras, Musa de mal agüero de los muertos, mi voz, que es el fin de tu locura. Te has referido al hombre, que cuando se arrastra por tierra, al principio, nace del vientre de la madre como indefenso cuadrúpedo y, al ser viejo, apoya su bastón como un tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez” (Aristófanes, 1995: 32).

liminidad y reincorporación (Gennep, 2008). El paso de la infancia a la adultez resulta una bisagra universal, donde la reincorporación final de la persona al grupo es total. Sin embargo, el paso de la adultez a la vejez es mucho más difuso. En efecto, el núcleo biológico que define al adulto como reproductivo y lo aísla de la infancia se diluye en la ancianidad de tal forma que en términos etnográficos no es fácil encontrar un rito de paso determinado. En un contexto posindustrial neoliberal, la separación tiende a resultar dolorosa y el individuo parece encontrarse en un perpetuo estadio de liminalidad en el que no existe reincorporación final; la jubilación, como veremos más adelante, es un rito excluyente al que no sigue otro inclusivo, “implica un estado limítrofe sin retorno y los códigos diversos que ordenaban el devenir vital pierden sentido aunque sigan siendo utilizados por los sujetos” (Lozano-Poveda, 2011: 97).

¿Será, pues, la vejez una construcción cultural? La antropología se ha hecho eco de este debate, con su reconocida pretensión por desnaturalizar categorías esencializadoras. En este sentido, la sociedad cuiva se erige como ejemplo etnográfico de referencia. Entre estos indios de la sabana venezolana, la vejez no se manifiesta. El individuo, una vez abandona la infancia, se mantiene confundido en el conjunto de adultos hasta su muerte. De esta forma, la sociedad cuiva no diferencia a las personas de mayor edad, no existe un espacio reservado para ellas ni son discriminadas de cualquier actividad social (Arcand, 1982). Asimismo, su sistema de parentesco aplica una equivalencia de generaciones alternantes de tal forma que una niña de cinco años puede considerar a una persona de sesenta años su hermana o prima<sup>7</sup> (Arcand, 1982).

### **Ethos de la ancianidad en la sociedad posindustrial**

*Mourir, cela n'est rien.*

*Mourir, la belle affaire.*

*Mais vieillir...*

*Ô vieillir !*

Jacques Brel, *Vieillir*

Podríamos vernos tentados a establecer unas características básicas regidas por una visión crepuscular de la vida, donde la ancianidad es comúnmente asociada al desgaste; apoyada en su tercer pie, como replica Edipo a la Esfinge, la vejez sería reflejo de una carne erosionada, decrepita y exhausta. No podemos negar la realidad biológica que supone el envejecimiento, pero sí nos vemos capaces de hurgar en las connotaciones asociadas a ella. Tal y como nos advierte Feixa, “si no son universales las fases en que se divide el ciclo vital (que pueden empezar antes o después del nacimiento, y acabar antes o después de la muerte), mucho menos los contenidos culturales que se atribuyen a cada una de estas fases” (Feixa, 1996: 320).

---

7 Asociar las diferentes etapas del curso vital al parentesco es tan legítimo como oportuno, ya que la condición social e imagen cultural, por lo común, son condicionados por las relaciones familiares. Sin embargo, en lugar de grados de edad, tendríamos que referirnos a grupos generacionales, vinculados al sistema de parentesco mediante la genealogía.

Nos apropiamos de las teorías formalistas de Barth, quien destacó la importancia de los procesos de identificación en la formación de grupos étnicos. Las identidades étnicas no se distinguen a partir de un conjunto propio de aspectos culturales, ya que estos se desplazan de forma continua, se recrean, se modifican en constante interacción con la otredad (Barth, 1976). Será, pues, la frontera, la categoría de análisis que adquiera mayor importancia al definir la identidad a partir de procesos de inclusión y exclusión. La identidad etaria se rige por los mismos mecanismos, por lo que no podemos afirmar que exista un grupo intrínseco de aspectos culturales para cada grado de edad. La desnaturalización de los grados de edad conlleva negarles un *ethos* inherente y concreto. En la sociedad posindustrial, sin embargo, la ancianidad es manipulada y condicionada de tal forma que resulta fácil distinguirla como un grupo diferenciado. Las fronteras identitarias se trasladan al plano físico mediante espacios y actividades propias, donde la exclusión y la inclusión se manifiestan de forma explícita. Por lo tanto, más allá de realizar una descripción de los elementos culturales propios de la ancianidad, habríamos de hablar de los elementos estructurales impuestos y reproducidos por el conjunto de la sociedad, incluidas las personas mayores.

Josep M. Fericgla, en su magnífico ensayo sobre la ancianidad en Cataluña, distingue dos elementos esenciales que sugieren cierta homogeneidad en el *ethos* de la ancianidad, si bien no son exclusivos de las personas mayores. Nos referimos al desarraigo social (alentado en gran parte por la jubilación) y al estigma que supone la cercanía de la muerte<sup>8</sup> (Fericgla, 1992). Así, podemos decir que uno de los aspectos que unifica a todas aquellas personas que desde el imaginario colectivo definimos como ancianos es el componente trágico, tanto por su proceso biológico<sup>9</sup> como por su aparente impotencia funcional. La falta de responsabilidades sociales y económicas es actualmente el signo más distintivo de la ancianidad. Sin embargo, lo que en principio podríamos considerar una cultura del goce, orientada exclusivamente al ocio, se pervierte al negarle al anciano su diversidad funcional y recrearle en una suerte de distopía en la que el bingo se erige como máximo exponente de una vida atterradoramente preprogramada.

La jubilación será, pues, el rito de paso que define el inicio de la vejez. En efecto, en una sociedad donde la producción económica es sinónimo de vida, el salto cualitativo que supone dejar de trabajar es de enorme relevancia simbólica. Hasta tal punto que la jubilación se vuelve la causa del envejecimiento, no la consecuencia, al conllevar la muerte social del individuo (Fericgla, 1992).

Desmarcándonos del componente trágico, se ha de señalar el respeto que suscita el saber y la experiencia vital que pueda ostentar el individuo. Conocida es la frase de Ahmadou Hampaté Bá: “En África, un anciano que muere es una biblioteca que arde”. En nuestra sociedad, sin embargo, estas virtudes se diluyen paulatinamente, confrontadas a un desarrollo tecnológico sin precedentes. Asimismo, se experimenta un desarrollo personalizado donde se suavizan las

---

8 Señalamos, con el fin de acercar la disyuntiva a la disciplina, que el célebre antropólogo Alfred Métraux se quitó la vida debido a la indiferencia de la sociedad hacia las personas mayores, y así lo hizo saber en su carta de adiós.

9 No olvidemos esta trascendental característica: la definición momificadora de ancianidad choca, ya no con una subjetividad cultural e intrapersonal, sino con una recreación constante donde se da un continuo envejecimiento, por lo que la circunstancial edad del individuo resulta meramente anecdótica.

dependencias entre los individuos. En palabras de Rosow, “las fuerzas institucionales favorecedoras de la situación de los ancianos, propias de sociedades poco complejas, actúan sin embargo en nuestra sociedad [norteamericana] en contra de ellos. Nuestra productividad es muy alta mientras que, paradójicamente, nuestra dependencia mutua es demasiado baja. Somos demasiado ricos como nación y demasiado autosuficientes como individuos para necesitar a los viejos” (Rosow, 1974: 7).

El afanoso intento por cercar los rasgos culturales propios de la ancianidad se diluye en un mar de peros. Por ello, no creemos mejor forma de cerrar este apartado que indicando uno: aunque la ancianidad resulte una identidad aditiva, es de tal envergadura (y de tan fácil reconocimiento, como vemos a continuación) que se ve capaz de instalar un absolutismo identitario, de tal forma que las demás identidades resulten secundarias.

## Senescencia

La senescencia es una realidad tan evidente como la muerte. No nos corresponde establecer las causas que generan el envejecimiento del ser humano (causas que encuentran explicación en teorías genéticas, de desgaste e incluso de intoxicación), pero sus consecuencias resultan determinantes para el estudio de la sexualidad de las personas mayores. La senectud se asocia en su universalidad a la no regeneración del cuerpo, lo que conlleva numerosos cambios fisiológicos fácilmente identificables. Esto equivale a una transformación estética del individuo que se reconoce mediante significantes tales como las arrugas o (en el caso de que aún persista) el pelo blanco. Sin embargo, la senescencia también influye de manera directa en la anatomía sexual del individuo.

## Anatomía y funcionalidad sexual

Existe una progresiva modificación del aparato genital, lo que numerosas personas mayores entienden como una señal para dejar de mantener relaciones sexuales. Según la siguiente tabla, definimos los principales cambios anatómicos y funcionales en los órganos sexuales, tanto para las mujeres como para los varones.

Tabla 1. Principales cambios anatómicos en los órganos sexuales con el envejecimiento.

<i>Mujer</i>	<i>Varón</i>
Disminución del tamaño del ovario, la trompa y el útero	Menor ángulo peneano-abdominal en la erección
Menor longitud vaginal	Menor tamaño testicular
Atrofia de los labios mayores	Ascenso testicular con la erección
Atrofia de la mucosa de endometrio, cuello y vagina	Menor tamaño prostático

FUENTE: Tabla adaptada a partir de Ribera Casado y Cruz Gentof, 1992.

Tabla II. Principales cambios funcionales en los órganos sexuales con el envejecimiento.

<i>Mujer</i>	<i>Varón</i>
Reducción de hormonas sexuales circulantes	Erección más lenta. Capacidad para mantener más tiempo dicha erección
Falta de lubricación vaginal	Descenso rápido de la erección tras la eyaculación
Orgasmo de duración corta	Orgasmo de duración corta
Menor número de contracciones orgásmicas	Menor cantidad de esperma
Rápido descenso tras el orgasmo	Período refractario prolongado tras la eyaculación

FUENTE: Tabla adaptada a partir de Ribera Casado y Cruz Gentof, 1992.

A las modificaciones derivadas de la senescencia, se pueden sumar la influencia de posibles patologías crónicas, así como la repercusión del consumo de fármacos. De la misma forma, es frecuente que las personas que no hayan mantenido relaciones sexuales durante un período de tiempo prolongado sufran dolores puntuales parecidos a las agujetas. En cambio, los genitales que han sido utilizados de forma constante no se resienten en absoluto a la práctica sexual (Butler y Lewis, 2002). Por su parte, la influencia del cambio hormonal en la actividad sexual de las personas mayores ha sido minimizada en numerosos estudios (Herrera, 2003; Wong *et alii*, 2010, entre otros). Concluyen que, si bien existe la posibilidad de que se de una reducción de testosterona en los varones, esta no es una causa determinante para dejar de mantener relaciones sexuales.

Asimismo, en dichos estudios se indica que varones con un nivel de testosterona superior a la media pueden ser anormalmente asexuados, lo que desmitifica la importancia que históricamente se ha atribuido al influjo hormonal. Así, tal y como sostienen la totalidad de trabajos concernientes a la sexualidad de las personas mayores, no existe ninguna razón biológica para que el ser humano deje de expresarse genitualmente. Todo lo contrario, numerosos estudios demuestran que la libido, tanto en ellos como en ellas, no disminuye sino que se intensifica con la edad (Butler y Lewis, 2002). Si bien existe un consenso que afirma que, tanto la erección en el varón como la lubricación en la mujer, se producen con mayor lentitud, esto no impide que los aparatos genitales sean perfectamente funcionales. De esta forma, por ejemplo, la erección del hombre, pese a ser más lenta, se mantiene más tiempo, por lo que dilemas tales como la eyaculación precoz dejan de ser un problema. Por otra parte, las mujeres, al no tener la preocupación de un embarazo no deseado, desarrollan su sexualidad con más comodidad. No hay ninguna necesidad para acelerar una recreación placentera; todo lo contrario, la genitalidad, así como el resto de manifestaciones sexuales, se pueden disfrutar más si cabe gracias a una suerte de sexo lento, un *slow sex*. A este respecto, hay quienes han señalado la vejez como la edad del erotismo (Díaz Noriega, 2002).

## Gerontofobia

¡Tal por cual, tal por cual, viejo verde, ya estoy viendo que te gusta comer truchas...! ¿Enamorado a tu edad? Creo que mejor te caería un fétetro bien labrado. ¡Por Apolo, sí que no harás eso sin castigo!

Aristófanes, *Las avispas*

Si hay un consenso alrededor de la vejez, aparte de su imparable ascenso demográfico,<sup>10</sup> es su connotación negativa. En efecto, la ancianidad se rehúye como una enfermedad hasta tal punto que no se ha dudado en considerarla como tal; no es difícil encontrar desde las esferas de la medicina expresiones tales como *envejecer bien*, o *envejecer en salud*, como si fuese casi imposible envejecer de otra forma. Sin embargo, por su mismo carácter homogeneizador y fastuoso, se ha tendido a infravalorar las consecuencias de una perspectiva adultocéntrica.<sup>11</sup>

Se puede hablar de desprecio objetivo y explícito, pero la forma más común de marginación hacia la ancianidad es el abandono social, el cual no podemos achacar tan solo a nuestra sociedad posindustrial ni a la época en la que vivimos. Numerosas culturas fomentan un aislamiento de las personas mayores cuando estas son incapaces de continuar con un estilo de vida de gran exigencia física. Son conocidas, por ejemplo, las costumbres de los inuits o los ona, quienes abandonan a sus mayores (en ocasiones a petición propia) al haber escasez de alimentos. Estas prácticas no pueden ser entendidas fuera de su contexto cosmológico y filosófico (Arcand, 1982), donde ni siquiera la moralidad comparte una deferente sumisión a la muerte. Tendríamos, pues, que alejarnos del constante miedo a dejar de vivir para comprender un hecho que se asemeja más a una eutanasia digna y socialmente aceptada que a un asesinato vergonzoso.

Se habla de un *edaísmo* o *ageism*, si bien la noción surgió desde la gerontología con el objetivo de establecer una suerte de resistencia que hoy por hoy pelagra en su redefinición; de la misma forma que cierto sector del colectivo feminista parece enarbolar la bandera de la masculinidad como refugio de libertades, la ancianidad tiende a buscarse productiva económicamente con el fin de identificarse con una sociedad que, como ya hemos mentado, se fundamenta en el trabajo remunerado. En efecto, el anciano, siguiendo a Coenen-Huther, “se siente rechazado, aislado de las estructuras de la solidaridad orgánica, de la interdependencia funcional sobre la cual descansan las sociedades industriales. No hay identidad social y es considerada por aquellos que trabajan como una suerte de ciudadano de segundo orden” (Coenen-Huther, 1978: 228-229; la traducción es nuestra). Las personas mayores que no trabajan, así como el discurso predominante de la gerontología social, defienden la inclusión de la ancianidad en el mercado

---

10 El porcentaje de población de 65 años o más, que actualmente roza el 19% de la población española, alcanzaría el 39% dentro de cincuenta años (INE, 2014).

11 Como ejemplo más bien anecdótico, conviene decir que la filósofa Simone de Beauvoir publicó dos tratados de enorme trascendencia. El primero, por todos conocido, es *El segundo sexo*, libro de referencia para el movimiento feminista. El segundo, titulado *La vejez*, a pesar de su enorme calidad, tanto literaria como científica, ha pasado desapercibido y hoy en día resulta extremadamente difícil encontrar una edición disponible.

laboral con el fin de saberse integrados en el sistema. De esta forma, lejos de defender un *ethos* alternativo, se refuerza la estructura hegemónica. Más allá de criticar la no ocupación de las personas mayores, creemos necesario, como afirma Arcand, extender a otros grados de edad la distensión y el tiempo libre:<sup>12</sup>

Frente al estereotipo de la pareja anciana sentada en un banco público, los especialistas de la gerontología social nos dicen que es esencial inventarles un rol, una actividad, un poder, que dará un sentido a su vida. La lección de los cuiva, al contrario, nos enseña que hace falta convencer a todos los miembros de nuestra sociedad, cuán importante, sano y útil es sentarte de vez en cuando en un banco para alimentar a las palomas. (Arcand, 1982: 25; la traducción es nuestra)

Para De Beauvoir la sociedad occidental tiene una visión del viejo que se debate entre la imagen del viejo loco y el viejo sabio. Con lo cual subraya que o por su virtud o por su abyección se sitúan por fuera de la humanidad (De Beauvoir, 1983). En efecto, si la mujer ha sido bipolarizada entre dos extremos morales, donde o es puta o es santa, la ancianidad se mueve entre el estereotipo divino omnisciente y el de la loca extravagancia. Queremos destacar también la vinculación, nada ociosa, entre la infancia y la vejez.<sup>13</sup> Ambas comparten una dependencia socialmente impuesta donde las justificaciones biológicas se hacen eco y razonan su preponderancia, además de resultar, en su expresión cíclica, estadios fronterizos que acercan al ser humano al lóbrego umbral de lo desconocido. Butler sostiene que la gerontofobia es una combinación de tres elementos conectados: prejuicios hacia las personas mayores, la vejez y el envejecimiento; prácticas discriminatorias; y prácticas institucionales discriminatorias (Butler y Lewis, 2002). Como deja entrever Butler, no podemos definir simplemente el *ageism* de acuerdo con una discriminación hostil. Kayser-Jones distingue cuatro tipos fundamentales de maltrato a la ancianidad, a saber, la infantilización, la despersonalización, la deshumanización y la victimización (Kayser-Jones, 1996), todas ellas discriminaciones que de forma sistemática e institucionalizada resultan predominantes.

La situación dependiente, denostada y frágil de las personas mayores ha llevado a formarse grupos de resistencia, políticos, artísticos e intelectuales. Destaca la figura de Maggie Kuhn, activista estadounidense que en los años setenta, en respuesta a su jubilación forzosa, fundó el partido político Gray Panthers. Este colectivo, formado por jubilados, combate la gerontofobia desde la legislación y la acción política. Resulta reveladora la expansión de los Gray Panthers, expansión que no tardó en llegar a España y que se mantuvo hasta 2008 bajo el nombre de Panteras Grises. Este alzamiento se entronca con el Movimiento de Vida Independiente (MVI), que surge en los mismos años por razones muy similares, si bien focalizado en la diversidad funcional. Queremos destacar el paralelismo evidente entre la diversidad funcional y la vejez, condiciones que se interrelacionan en su pretendida discapacidad para (re)producir. Ambos

---

12 A este respecto, cabe distinguir entre tiempo libre y tiempo desocupado. Los ancianos y las personas paradas, por ejemplo, disponen de tiempo desocupado, tiempo que por su misma naturaleza no se puede disfrutar, es tiempo vacío.

13 No es casualidad que Stanley Hall, después de publicar *Adolescence* (1904), fuera uno de los pioneros de la gerontología con *Senescence* (1922).

colectivos buscan liberarse de una mentalidad neoliberal donde la funcionalidad está ligada a una normativa tan opresora como minoritaria. Así, el MVI, de la misma forma que los Panteras Grises, persigue los siguientes objetivos: 1. autodeterminación; 2. autoayuda (apoyo entre iguales); 3. posibilidad para ejercer poder (empoderamiento); 4. responsabilidad sobre la propia vida y acciones; 5. derecho a asumir riesgos; y 6. vivir en la comunidad. De esta forma, como nos indica Butler, podemos hablar de tres formas diferentes de reconocimiento de integridad social, a saber, la confianza, el respeto y el afecto (Butler y Lewis, 2002). Ligado a esta última, uno de los aspectos de la gerontofobia que resulta especialmente lacerante, debido a su carácter intrínsecamente humano, es la ausencia y la denotación del sexo en la ancianidad, aspecto que desarrollamos más adelante.

Podemos citar, en contraposición a las teorías que defienden la inclusión y el reconocimiento social de los colectivos desviados, a Rosow, quien propone crear una sociedad autónoma con sus propios valores, donde la vejez sería sinónimo de cohesión y armonía (Rosow, 1974). A este respecto hemos de indicar que no son pocas las comunidades que hacen suyas las teorías de Rosow y las llevan a la práctica, cansadas de tener que batallar con una sociedad antagonista.

### Modelos (re)creativos de la sexualidad: más allá del *genus*

No todo va a ser follar.

Javier Krahe, *No todo va a ser follar*

La sexualidad forma parte de nuestra vida, desde el nacimiento hasta la muerte.<sup>14</sup> La concebimos como expresión holística e integradora, incapaz de aislarse del resto de las manifestaciones sociales y culturales. Tal y como dice Landarroitajaregi, “el sexo no se hace ni se tiene: el sexo se es; o sea, somos sexuados”. En efecto, la sexualidad entendida como hecho genital, tan siquiera físico, resulta insuficiente. La posmodernidad ha dado buena cuenta de las carencias teóricas y, sobre todo, prácticas de una concepción clásica del sexo. Tal y como afirman Masters y Johnson, “[...] la sexualidad es más que la biología de los genitales, más que la procreación, el contacto sexual, las hormonas o el orgasmo; es una función y fusión de todo lo que afecta completamente al hombre y a la mujer de cualquier edad” (Masters y Johnson, 1976: 22). Así, se entiende que la importancia no reside en el hecho sexual, sino en el sujeto que lo crea: “Es la persona/personalidad entera la que participa en una relación con otro individuo e incluso consigo mismo en la búsqueda de la satisfacción y el placer, y no solo y exclusivamente a través de los genitales” (Masters y Johnson, 1976: 22).

El *genus*, entendido como la concepción genital de la sexualidad, es imperante, tanto desde el grueso de la sociedad como desde las élites intelectuales, las cuales se esfuerzan en

---

14 Incluso más allá de la muerte, podría advertirnos la medicina, debido, en su manifestación activa, a los priapismos *post mortem* o a la necrofilia, en su condición pasiva.

catalogar y, en muchos casos patologizar, las manifestaciones sexuales ajenas al coito. Si bien la centralidad del coito se da, sin excepción, en todas las sociedades (Nieto, 1995), entendemos que se deriva de una pretensión procreadora. Siguiendo a Landarroitajauregi:

durante muchos siglos, el sexo era generación y genitales (o sea, el propósito y los instrumentos para alcanzarlo). Ahora el sexo es lo que hacemos con los genitales, haciendo como si quisiésemos hijos pero buscando el placer y usando anticonceptivos para no tenerlos. [...] Esto es lo que casi todo el mundo tiene en la cabeza cuando usa el término sexo: conducta genital; o, lo que es lo mismo, conducta intergenital con propósito de logro orgásmico, o sea, jodienda. (Landarroitajauregi, 2013)

Con el fin de escapar de esta *jodienda* (recreada constantemente por parte de discursos morales, técnicos o de morboso comadreo), nos servimos del armazón conceptual desarrollado por Landarroitajauregi para establecer un nuevo marco teórico. Así, reconocemos cuatro condiciones apodícticas de la sexualidad, a saber, su hecho ineludible (el sexo no se hace, se es), la intersexualidad universal (el sexo no es disyuntivo sino conjuntivo), la identidad sexual disyuntiva (que construye una identidad sexual y pretende contradecir lo anterior) y la sexis-tencia (vivimos una existencia sexuada) (Landarroitajauregi, 2013). Asimismo, las dimensiones corporales del placer implican una anatomía muy variada, donde elementos tales como la boca, las orejas, las axilas, las nalgas, el ano o la nuca, adquieren tanta importancia como lo genitales mismos. La práctica del tantra supone un ejemplo práctico de la dimensión metafísica de la sexualidad, dimensión que aspira a saberse holística.

A partir de estas nociones, damos por sentada la expresión sexual en la ancianidad. Tal y como afirman Masters y Johnson:

Las necesidades emocionales del individuo en la vejez (retener una sensación de identidad y de autovaloración, así como de combatir la soledad, por ejemplo) pueden cubrirse por completo mediante una actividad sexual que no siempre lleve al coito. La necesidad de abrazar y ser abrazado, la necesidad de relacionarse con otra persona, o la necesidad de expresar sentimientos y de ser receptor de los que otra persona le comunica a uno, no se atrofia ni desaparece con la edad. (Masters y Johnson, 1976: 75)

### Norma, desviación y estética: cuerpos *inválidos*

¿Quieres ser mi novio? Yo no soy de piedra.  
Zumo de naranja en las tetas de la negra.  
Tristeza *post-coitum*, no me mires a la cara.  
Papaño sale, pero volverá mañana.

Siniestro Total, *¡Cuánta puta y yo qué viejo!*

Lo viejo es feo. Tal parece ser la concepción de una sociedad orientada a la productividad, donde el paso del tiempo pone en duda, ya no la funcionalidad sino la belleza de un ente cualquiera. En efecto, la búsqueda de la eterna juventud, que observamos a diario en no importa qué manifestación social, se convierte en una auténtica batalla campal donde los individuos

lidian contra estímulos externos y contra ellos mismos. Este antagonismo constante que supone el envejecimiento cobra una relevancia vital, ya que el saberse (o no) bello apela de manera directa a la erótica y la sexualidad. Nos dice Foucault (1998) que en la Antigüedad griega la expresión sexual no estaba asociada a una moralidad u orden determinado, sino que dependía de una concepción estética existencial (pese a todo, podría hablarse de una moral estética). De esta forma, la sexualidad en la vejez se castigaba mediante una determinada noción de belleza física, lo que suponía un serio obstáculo para su expresión (Iacub, 2009). Encontramos en la literatura griega multitud de ejemplos que predicen en contra de los cuerpos ancianos, animalizados y ridiculizados, donde se evidencia la concepción erótico-sexual de una juventud idealizada. Esta concepción que perdura en nuestros días, si bien matizada gracias a una visión judeocristiana y, posteriormente, medicalizada de la sociedad, asocia la vejez a la monstruosidad y, por lo tanto, reniega de ella con repulsión.

¿Qué entendemos como cuerpos viejos? Sin duda, nos veríamos obligados a hablar de surcos, cicatrices, protuberancias, arrugas y pellejos, además de una sentida alopecia según el caso. Lo viejo no es terso ni firme. Esto nos desplaza a las tesis naturalistas que señalan una pretendida universalidad en el deseo de cuerpos jóvenes y fértiles con una inconsciente pretensión procreadora. Sin embargo, estas tesis, al omitir el mayor margen que ostenta el varón en cuanto a persona sexuada, parece centrarse exclusivamente en el cuerpo de la mujer y así condicionarlo. Si bien es cierto que no podemos rechazar una pretensión biológica que oriente al individuo (como hemos dicho, individuo sospechoso, ya que parece erigirse en los discursos biológicos como exclusivamente varón heterosexual) y condicione la elección de pareja, parece manifiesto que el proceso de *mating* es tan subjetivo, vivo y negociado como la noción de placer, previamente mencionada. Sin intención de enfangarnos en un debate moribundo que, en su misma concepción, está creado para huir de cualquier complejidad, afirmamos desde aquí que los condicionantes biológicos no son opuestos a cualquier manifestación cultural.

No dudamos en calificar la normativa estética de la época actual como pulida (Han, 2015). Es la misma pulcritud que contraponemos a la vejez y mediante la cual definimos a la juventud (a pesar de sus elementos antagónicos, como el acné o el incipiente vello corporal). La estética aprecia aquello que no “tiene ninguna vulneración, ninguna quiebra, ningún agrietamiento, y tampoco ninguna costura. Todo fluye en transiciones suaves y pulidas” (Han, 2015: 22). Siguiendo a Han, lo bello se asocia a lo higiénico, a la depilación, a la empresa Apple o a las esculturas de Jeef Koons. La vejez, en cambio, es palpable. Es un tacto arrugado, con relieve, que en nada se parece a la pulida higiene de la que nos habla Han y que, más allá de ser tocada, parece ofrecer ser lamida. La ancianidad es agrietamiento (que no imperfección, tal y como nos pretende vender la cosmética) y costuras. Las transiciones son bruscas y ásperas. La vejez representa el antagonismo de lo bello, una contraestética capaz de resultar dañina: “Los cuerpos que deparan deleite al tacto no deben ofrecer ninguna resistencia. Tienen que ser tersos. Es decir, lo terso es una superficie optimizada, sin negatividad. Lo terso causa una sensación que queda completamente libre de dolor y de resistencia” (Han, 2015: 13).

La frontera entre la estética y la política se diluye en las palabras del filósofo, quien afirma que el imperativo social, mediante el cual se busca una suerte de sociedad positiva,

es el causante de una estética pulida: “Lo pulido e impecable no daña. Tampoco ofrece ninguna resistencia. Sonsaca los *me gusta*. El objeto pulido anula lo que tiene de algo puesto enfrente. Toda negatividad resulta eliminada” (Han, 2015: 6). Encontramos una base ética en el discurso estético de lo pulido. Al menos, una justificación ética que recuerda la necesidad de orden y armonía que, tanto en la realidad (por medio de totalitarismos) como en la ficción (gracias a los literarios y no menos perversos totalitarismos distópicos), diversos poderes se han esforzado en reflejar.

## Sexo y derecho de las personas mayores: una perspectiva política

La política de lo bello es una política de la libertad.

Byung-Chul Han, *La salvación de lo bello*

La sexualidad es un affaire político. Así nos lo recuerda Platero, que utiliza la expresión *sexopolítica* para decir “que la sexualidad no es un aspecto meramente privado ni de consecuencias individuales que elegimos libremente dentro de un abanico de posibilidades igualmente valoradas, sino que la sexualidad es uno de los modos dominantes de la acción biopolítica” (Platero, 2012). Así, entendemos que la sexualidad es establecida y definida por una suerte de cultura del cuerpo que decreta qué hacer con él. El control y la vigilancia sobre los sujetos se centra en esta corporalidad, siendo la misma un espacio de interés económico e identitario. Cualquier desviación de la norma es castigada y reprimida. ¿Qué entendemos, sin embargo, por norma? Hacemos nuestras las palabras de Nieto: “Digámoslo de una vez, por muy archiconocido que sea, la norma en sexualidad es la heterosexualidad y para ser más precisos, la heterosexualidad reproductora” (Nieto, 1995: 23). En efecto, la homosexualidad, la sexualidad en niños o en ancianos, así como demás prácticas sexuales sin coito, resultan desviadas. Existe, pues, una auténtica colonización del cuerpo; las categorías relacionales se integran en el mismo espacio corporal y devienen corpóreas. De esta forma, la dimensión política de la sexualidad influye determinantemente en una estética que, además de pulida, la pensamos reproductiva.

A este respecto, la patologización de los llamados *wannabes* y *pretenders* resulta paradigmática. Los primeros desearían padecer una diversidad funcional, mientras que los segundos disfrutan mientras fingen tenerla. Los *devotees*, por su parte, se sienten atraídos sexualmente por la diversidad funcional. Los discursos médicos del llamado *biopoder* pretenden normalizar estos colectivos, quienes de una forma definitivamente política se ven invadidos y condicionados. No creemos necesario, por otra parte, referenciar las actividades sexuales que han sido explícita y burdamente prohibidas mediante la legislación política a lo largo de la historia. Estas, sin embargo, aún perduran y suponen un arma poderosa para normativizar a los *colectivos desviados*, tales como homosexuales, intersexuales, transexuales, etcétera.

## Sexo y salud de las personas mayores: una perspectiva ética

Examinaba con minucioso cuidado, y a veces con un júbilo monstruoso y terrible, los espantosos surcos que cortaban su arrugada frente y que se arrastraban en torno a la boca sensual, perdido todo su encanto, preguntándose a veces qué era lo más horrible, si las huellas del pecado o las de la edad.

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*

Que la sexualidad es condicionada por una norma moral resulta de una evidencia indefectible. La ética, entendida en su dimensión práctica, encuentra en la expresión sexual numerosas interrelaciones, desde los dogmas religiosos a los no menos doctrinales celos. Qué hacer y qué no hacer limita las prácticas sexuales, tanto en sus manifestaciones como en su misma concepción. La ancianidad no es ajena a este influjo; se desplaza entre la inmoralidad y la amoralidad, condicionada por prejuicios, estereotipos y normas religiosas. En nuestra sociedad, bipolarizada, en palabras de Iacub, entre la belleza efébrica del ángel puro y la arrugada fealdad del demonio, la religión ha sido guardiana de una moral sexual ligada a la familia y a la reproducción (Iacub, 2009).

Existe, pues, una responsabilidad ética de la sexualidad para con la descendencia. El judaísmo incide más sobre este aspecto, llegando a afirmar que la abstinencia sexual causa *tzará d'gufá* 'sufrimiento del cuerpo'. El judaísmo no reniega de la libido, hace uso de ella sin atribuirle las connotaciones propias del cristianismo. Sin embargo, la responsabilidad familiar permanece como núcleo del comportamiento sexual (Iacub, 2009). Según el imperante cristianismo, cualquier manifestación de placer físico ha de suponerse pecaminosa e impura. Representa una realidad mundana que "choca con los valores ascetas a los que aspira el espíritu" (Iacub, 2009: 29). Para las personas mayores, la cercanía de la muerte (que aproxima al individuo a un presunto mundo espiritual) motiva a alejarse de las relaciones físicas (y, por lo tanto, sexuales), ya que estas se contraponen a una realidad inmaterial.

El pecado no es tan solo una enfermedad para el alma, castiga también al cuerpo, envejeciéndolo. Así, nos dice Iacub que "el sacerdote Salviano de Marsella se preguntaba qué esperanzas podían quedar para quienes no abandonasen el pecado ni siquiera por la decadencia de la edad ni por la miseria de la pobreza, y la respuesta, para el primer caso, lo llevaba hasta la idea de lo monstruoso" (Iacub, 2009: 30). La virtud, en cambio, rejuvenece la vida, la purifica eliminando cualquier rasgo de desperfecto o desgaste. La ancianidad sufre su monstruosidad hasta tal punto que su realidad estética, alejada de la pureza de lo joven, deviene una realidad ética. Esta concepción metafórica del pecado y de la virtud dan buena cuenta de una sexualidad despótica. Los varones tienden a tener un margen de edad mucho mayor debido a su, por lo común, constante capacidad reproductiva. La inmoralidad del anciano sexuado se produce cuando este se vuelve dependiente y no puede hacer frente a las exigencias de su rol social. Por su parte, las mujeres, al tener una edad límite para la procreación, serán, ya no inmorales, sino amorales, ya que la norma no contempla a una anciana sexuada.

La sexualidad y la moralidad tienen una vinculación histórica de la que no podemos abstraernos. Nos interesa, sin embargo, una perspectiva deontológica (en tanto a lo que debe ser, más allá de sus consecuencias positivas o negativas) que invita a la práctica y la recreación del placer

mediante el sexo. Nos referimos a una responsabilidad ética que entraña una dimensión donde la funcionalidad se antoja anecdótica. Todas las personas deben tener la posibilidad de hacer uso de su capacidad sexual. La comunicación erótica resulta no ya una mera recreación placentera, sino una necesidad. Abundan los estudios que destacan los beneficios del sexo, beneficios que algunos autores no han dudado en calificar como indispensables para el desarrollo del ser humano (Butler y Lewis, 2002). La misma definición de salud sexual refuerza esta idea. Así, en 1975 la Organización Mundial de la Salud (OMS) define salud sexual como “la integración de los elementos somáticos, emocionales, intelectuales y sociales del ser sexual por medios que sean positivamente enriquecedores y que potencien la personalidad, la comunicación y el amor” (OMS, 1975). De acuerdo con lo dicho, podemos caer en la tentación de sustituir la prohibición por la obligación. No defendemos un modelo que imponga la práctica sexual a la totalidad de los individuos, sino que estos individuos tengan la posibilidad de ser sexuados. La comodidad, la intimidad y la propia voluntad han de ser decisivas para un desarrollo personal de la sexualidad. La perspectiva política de la sexualidad que defiende modelos alternativos de expresión corporal se refuerza en su dimensión ética. Las relaciones de poder que impiden a la ancianidad hacer uso y disfrute de su cuerpo se trasladan al campo de la (in)moralidad y, por lo mismo, se forma una resistencia.

## INVESTIGACIÓN Y DATOS ETNOGRÁFICOS

Resulta relevante destacar, debido a la misma naturaleza del estudio, la complejidad que entraña investigar la sexualidad. No nos resulta exagerada la afirmación de Nieto, quien sostiene que “investigar en la antropología sexual es investigar en la dificultad” (Nieto, 1995: 23). El carácter discursivo de la sexualidad, el cual no es siempre fiel y está notablemente condicionado por circunstancias personales (temores, vergüenza, etcétera) y sociales (religiosas, legales, etcétera), condiciona de forma determinante la investigación. Este hecho, sin dejar de ser una complejidad añadida, puede resultar extremadamente útil, ya que un determinado silencio o engaño (si se llega a identificar como tal) aporta información de gran valor cualitativo. Así, siguiendo a Nieto, “se omite, se exagera, se silencia o se practica la redundancia, se bromea, se reprime, se espectaculariza el dato, el informe o la descripción; se cargan de contenidos moralizantes; se sermonea” (Nieto, 1995: 37).

### Población del objeto de estudio y localización

Debido a la irrupción reciente de las residencias de ancianos y ancianas, pero también a su carácter profundamente estructurado (donde, por norma general, la diferencia etaria entre investigador e investigado resulta especialmente significativa), los antropólogos de los años setenta que se enfrentaron a este tipo de campo “creyeron inventar la rueda” (Henderson y Vesperi, 1995: 28). Esta exageración no nos resulta ajena; las residencias de ancianos son espacios con características privativas que tan solo pueden encontrar un precedente en la etnografía escolar. En efecto, el espacio se define según un grado de edad determinado; si en las escuelas es

la infancia la que es condicionada mediante reglas, estereotipos y roles, la ancianidad se apropiará (físicamente) de un espacio que parece pervertir al residente y convertirlo en paciente. Las residencias de ancianos entroncan así con las prisiones o los manicomios debido al continuo control que exponemos más adelante. Hemos de resaltar la condición de laboratorio de las residencias de ancianos; las relaciones propias de la institución, definidas a partir de los muros que la encierran, facilitan una mirada concreta y enmarcada. Así, las abstracciones teóricas se precisan y materializan en un espacio que, sin embargo, no hemos de suponer aislado del resto de la sociedad (Henderson y Vesperi, 1995).

### Tamaños de la muestra, criterios de inclusión y recopilación de la información

Debido a la complejidad que entraña investigar la sexualidad, la sistematización del estudio resulta de una dificultad notable. El carácter institucional de la residencia favorece una mimetización con el medio, de tal forma que el investigador, más allá de entrevistas puntuales, se esmera en encontrar las interrelaciones de una comunidad bien definida. Es por ello por lo que el tamaño de la muestra no resulta cuantificable, más allá de las casi noventa personas que allí habitan, además de los más de veinte trabajadores y voluntarios. De la misma forma, los criterios de inclusión se diluyen según el mismo espacio, el cual resulta protagonista. Por lo tanto, conversaciones espontáneas, comentarios aislados o situaciones involuntarias copan la mayor parte del material etnográfico. Hacemos nuestras las declaraciones de Malinowski quien sostuvo que “la observación directa es difícil siempre que se trate de estudiar la atracción sexual y el desarrollo de una pasión, y en gran parte se ve uno obligado a contentarse con lo que las confidencias y la chismografía le enseñan” (Malinowski, 1975 [1929]: 50). Reivindicamos la importancia de esta etnografía cualitativa que consigue la intimidad necesaria para que el individuo se exprese con más comodidad. Es por ello por lo que las entrevistas en profundidad realizadas no siguieron un esquema definido, sino que supusieron un proceso largo en el que se pudo identificar lo que definimos como una historia de vida sexual.

## RESULTADOS

### Institución y espacios

Partimos de una base que ha adquirido un respaldo incontestable a lo largo del estudio etnográfico: nadie quiere estar en una residencia de ancianos. Las personas que acaban en ellas suelen estar condicionadas por un modelo familiar incapaz de lidiar con las presuntas exigencias de la ancianidad. En efecto, todas las personas entrevistadas afirmaron estar en la residencia contra su voluntad, aunque la mayoría entiende que su estancia allí es *lo mejor para todos*.

Exponemos a continuación las características institucionales de la residencia estudiada. Esta se define de acuerdo con su jerarquía, donde el personal, los espacios y las condiciones generales

refuerzan la supeditación de los residentes. La residencia que nos ocupa cuenta con ochenta y nueve ancianos, de los cuales sesenta y dos son mujeres. Esta desproporción no ha de extrañarnos debido a la por todos conocida mayor longevidad de las mujeres. La residencia es privada y dispone de instalaciones amplias y renovadas que dan fe de su elevado coste y del nivel económico de las personas que lo frecuentan. Al ser una institución católica, está embebida de elementos religiosos. Destaca una capilla católica, en la que todos los días se da misa, así como la constante presencia de ocho monjas que habitan en la residencia. Todo ello, huelga decirlo, influye de manera determinante en la expresión sexual de los residentes, quienes, por su misma condición cristiana, tienden a ocultar en la intimidad cualquier manifestación erótica. La intimidad será precisamente condición necesaria para la expresión sexual en una sociedad moralizada y moralizante que contempla la erótica desde la oscuridad del hogar, relegada a la mística de la noche.

A partir de un análisis superficial de la residencia, encontramos elementos espaciales que impiden esta mínima necesidad comunicativa. Así, las habitaciones son mayormente compartidas (es posible servirse de habitaciones individuales que, sin embargo, resultan inasequibles para la mayoría de ancianos), con apenas un metro de separación entre lecho y lecho. La expresión sexual, interpersonal e intrapersonal, se ve condicionada por la ausencia de espacios íntimos. También resulta interesante destacar que la residencia se encuentra equipada con un sistema de videovigilancia constante. A este respecto, se da un hecho ciertamente significativo: situado a no más de cinco metros de la puerta principal se encuentra el despacho de la trabajadora social, personalidad influyente y respetada por residentes y empleados. La puerta del despacho permanece siempre, y sin excepción, abierta, permitiendo un control constante por parte de la directiva. En mi primer encuentro con la trabajadora social, rescaté las siguientes palabras: “¡No cierres! Quiero ver quién sale y quién entra”.

La misma disposición horaria incide en un control que se justifica como útil. Las comidas, las actividades, los turnos de limpieza, así como las oportunas visitas del médico, rigen la vida de los residentes. Asimismo, pese a estar permitido salir de la residencia a horas poco habituales (principalmente más tarde de las 20 h), se ha de pedir un permiso que tiende a demorarse por lo que, *de facto*, las libertades del individuo se disuelven en la burocracia de la institución. El control que transpira la residencia se materializó de inmediato al facilitar a quien arriba suscribe una bata blanca mediante la cual habría de dar fe de su condición de investigador. En efecto, distanciando al investigador del resto de residentes con una técnica tan simple como explícita, las identidades se crean y en cierta medida patologizan al establecer la fácil analogía higiénica que asocia la bata blanca a la medicina y a la enfermedad. En relación con lo dicho, la residencia distingue de forma oficial dos categorías de residentes, a saber, los válidos y los inválidos. Esta clasificación se basa en una presunta autosuficiencia de los individuos, donde se tienen en cuenta factores físicos y mentales. Las personas inválidas, sin embargo, ocupan los mismos espacios que las personas válidas, llegando en muchos casos a compartir una habitación. A este respecto observamos una peculiaridad del espacio. El ambiente resulta enfermizo, tanto por las constantes pretensiones higiénicas como por las mismas personas que allí residen. En efecto, el carácter residencial del espacio se perverte con continuas referencias a las enfermedades de los individuos. Algunos de ellos se encuentran en una situación terminal y se ha dado el caso de transportar el cadáver de un individuo ante la silenciosa mirada del resto de residentes.

### Discurso *asexualizado* del centro

Encontramos una infantilización condescendiente que influye de forma determinante en la expresión sexual. Infantilizar a un individuo equivale, según los modelos sexuales imperantes, a privarle de su sexualidad. El comportamiento general del centro, tanto de los empleados como de la directiva, es ofrecer una sonrisa perpetua cargada de indulgencia que no hace sino reducir al individuo a un estado de dependencia total. Así, encontramos numerosos comentarios, diálogos, gestos y situaciones que infantilizan a la persona mayor y condicionan su expresión sexual. De la misma forma, al individuo se le despersonaliza en tanto que se le cosifica. Como cualquier institución, la residencia de ancianos reifica a sus residentes y les impone una condición pasiva. Asimismo, la categoría de ancianos les convierte en sujetos patologizados bajo una continua mirada medicalizada del centro. A este respecto resulta interesante destacar la presencia de un discurso escatológico que refuerza la asexualidad de las personas mayores mediante, por ejemplo, el uso de pañales. Esto se confronta de forma evidente a una expresión sexual que ha sido entendida y reproducida a partir de un modelo erótico que otorga a la independencia y a la higiene un valor especial. Así, los pañales distan mucho de ser *sexis* e implican una ruptura con los modelos hasta entonces apropiados, por lo que el individuo ha de hacer un gran esfuerzo para adaptarse a una nueva realidad que, por lo común, genera un sentimiento de vergüenza destacado.

A lo largo del estudio, tanto terapeutas como auxiliares, al preguntárseles qué grado de importancia le concedían a la sexualidad de los residentes, respondían que poca importancia o ninguna importancia, afirmando que “eso” es una cuestión personal. Sin embargo, como hemos visto, lo personal se anula en un espacio donde la intimidad no existe. Asimismo, las enfermeras del centro, así como el médico, negaron haber tratado cualquier disfunción sexual. Conviene destacar que no existe ningún servicio de psicología para los residentes. Parece haber, por lo tanto, un ambiente en el cual el sexo no tiene cabida, simplemente no existe. Y, cuando se manifiesta, se carga de negatividad, mediante represión explícita o desde la omisión. Así, se ejerce un continuo uso del humor con el fin de ridiculizar cualquier expresión sexual de los residentes. Son numerosas las referencias a “posibles novios” que, lejos de establecer una hipótesis real, pretenden manifestar lo improbable que puede llegar a ser que una anciana consiga pareja.

Se han dado casos, no obstante, en los que al formarse una pareja de ancianos dentro de la institución se ha procedido a provocar una ruptura de los encuentros sexuales. En un caso concreto que se produjo antes de la concepción del presente estudio, los responsables de la residencia contactaron con los correspondientes familiares de la nueva unión sexual, lo que llevó, no a su interrupción, pero sí a una ocultación y denuesto extremos, ya que resultaba ser una conducta inapropiada, en palabras del centro.

### Discurso de los residentes sobre su expresión sexual

Encontramos entre los residentes varios tipos de discursos, concernientes a su identidad social, su cuerpo biológico, la intimidad y el carácter enfermizo del espacio en el que habitan.

Ante todo hay un desconocimiento fundamental del desarrollo de su propia genitalidad. Se conjuga con estereotipos y prejuicios que los mismos ancianos recrean. Así, el desarraigo social que viven los ancianos se traduce en un comportamiento pasivo y apático. Son frecuentes declaraciones y actitudes que refuerzan una condición negativa de su existencia. Muchos se limitan a esperar una muerte que ya se ha producido: “Yo ya estoy muerta. ¿No me ves? Me morí cuando entré aquí” (Dolores, 89 años).

A este respecto, llama la atención un hecho que acaeció en los pasillos de la residencia: cuando un residente tropezó y cayó al suelo, José (persona de 92 años que, pese a ser autónoma, ha de desplazarse con andador y no es capaz de realizar grandes esfuerzos), haciendo un enorme acopio de fuerzas le ayudó a ponerse de pie. Este hecho, que vemos cotidiano y superfluo, fue de vital trascendencia para José, quien comentó con ardor este incidente durante toda la semana. No ha de extrañarnos la importancia que José concedió a su afanosa gesta. Además de tratarse de un acto ciertamente notable, le permitió sentirse útil. José se sobrepuso al desarraigo social, se supo valioso y disfrutó de ello narrando con minucioso detalle el acontecimiento, transmitiendo entusiasmo y jovialidad. Más allá de la experiencia de José, la pasividad y la apatía son mayoritarias, lo que conduce a la asexualidad del individuo. No hemos de olvidar que las personas mayores que forman parte de este estudio están condicionadas por los contextos socio-culturales en los que han vivido. Así, la moral de la religión católica y los devenires políticos del siglo pasado limitan tanto la práctica como la concepción de la sexualidad. La realidad social y afectiva también se ve condicionada en el plano familiar; las personas mayores han pasado a mantener una relación afectiva, física, sensorial (o sensual), a una relación que se basa en una línea telefónica. Esta intimidad a distancia persiste en negar a la ancianidad su dimensión física.

La asexualidad del individuo encuentra excepciones, sin embargo, en algunas mujeres, quienes se muestran exageradamente sexuadas. Representan un estereotipo que se conoce como *la viuda alegre* (Fericgla, 1992), modelo que se basa en una liberación corporal tras un matrimonio conservador. Decimos exageradamente porque hacen un uso y abuso del discurso sexual por medio del humor lo que lleva, no a una invalidación, pero sí a un recelo por parte del investigador, quien no puede achacar este hecho tan solo a un deseo desmedido. El uso de humor representa en estos casos una información muy útil que, sin embargo, tiene poca relación con lo que se manifiesta. La persona busca la complicidad de los que le rodean (o una rebelión mordaz) y asume una predisposición socarrona ante un tema que por su misma naturaleza se presupone tabú. Llama la atención la declaración de una de las residentes quien, al preguntársele qué hecho cambiaría de la residencia, afirmó sin tan siquiera pensarlo: más hombres (Carmen, 81 años). Al entender el sexo como coito, los residentes afirman no mantener relaciones sexuales de ningún tipo. Un análisis más profundo confirma que los hombres mantienen prácticas masturbatorias, no así las mujeres que, sea por condicionamientos personales o sociales, sea por la condición de varón del investigador, se muestran más apocadas en el tratamiento de estos temas. Por parte de las mujeres, son constantes los piropos a otras personas mayores, a las que adulan en referencia a su físico. Sin embargo, con relación a sí mismas, se consideran feas, desagradables o, como hemos apuntado, directamente muertas.

Resultan especialmente significativas las declaraciones recogidas en las actas de una reunión anual para el control de la calidad de la convivencia. En dicha reunión, los residentes

manifestaron su descontento en relación con la poca intimidad y con la convivencia con enfermos terminales. Ante estas críticas, la institución respondió que había que ser comprensivo y tener paciencia.

## ANÁLISIS

### La vejez institucionalizada: un control distópico

La influencia que ejerce la institución ha quedado abiertamente expuesta en apartados anteriores. El símil con la distopía, también indicado, no es baladí; las residencias de ancianos representan una microsociedad opresiva e indeseable. En un intento por sistematizar el influjo de la residencia a las personas que allí habitan, distinguimos las siguientes esferas:

- **Intimidad:** La ausencia de intimidad representa un obstáculo determinante para la expresión sexual de los individuos. El control, pues, resulta evidente. Un individuo que no dispone de ningún espacio privado ve su expresión sexual condicionada de forma determinante. En efecto, la sexualidad entendida como hecho vergonzoso, ligado a una moralidad reproductiva, provoca que el anciano, que es consciente de la anormalidad de su acto, busque la privacidad para expresar su sexualidad. Sin embargo, la libertad con la que los trabajadores y los voluntarios entran en las habitaciones evidencia una relación de poder contra la que el individuo poco puede hacer. Resulta llamativo a este respecto el discurso de los trabajadores y de los voluntarios. Entienden que, en efecto, la sexualidad es un hecho privado y que la repercusión que ellos puedan tener en los residentes es nula. No obstante, como hemos indicado, la privacidad no existe. El influjo de la continua presencia invasiva condiciona de forma evidente. Así, hemos visto que, pese a existir una queja formal a este respecto, la institución minimiza sus consecuencias y se remite a la condescendencia.
- **Un espacio enfermo:** La residencia es un espacio cargado de negatividad. El símil con una institución médica resulta más que evidente debido a los constantes símbolos y profesionales de la salud que la frecuentan. La persona institucionalizada, pues, se sabe enferma, patologizada por el mismo hecho de ser mayor. La expresión sexual se ve condicionada, pues, por una continua referencia a la muerte. La controversia queda explícita en la queja formal que hemos expuesto previamente; los ancianos no quieren compartir habitación con enfermos terminales. Existe, pues, una resistencia que pretende alejarse de la patologización de la ancianidad. Sin embargo, la institución tiende a englobar, a partir de un espacio y actividades comunes, al colectivo anciano como colectivo vulnerable y, por lo tanto, infantilizado.
- **Discriminación no hostil:** El comportamiento institucional hacia la ancianidad es, sin duda, gerontofóbico. El centro despersonaliza al individuo y lo considera discapacitado. Resulta llamativa la norma mediante la cual personas con un grado no muy elevado de demencia no son capaces de hacer uso, ni siquiera, de su propia imagen. Así, durante la investigación, se ha pretendido registrar con medios audiovisuales a personas que habían

de solicitar un permiso a sus familiares para poder proporcionar sus *derechos de imagen*. Debido a la continua infantilización que se ejerce hacia los residentes el individuo asume una identidad asexuada, infantil, despojada de cualquier orgullo o respeto. A este respecto, el desconocimiento de los trabajadores acerca de la expresión y la salud sexual de los residentes resulta paradigmática.

### La vejez célibe: una profecía autocumplida

La identificación con la vejez es asumida por la práctica totalidad de los residentes. La persona que se identifica como vieja se sabe inútil, rechazada e incluso muerta. El placer le es negado, ya que su misma condición abstraída, moradora de una continua frontera que en mucho se asemeja a un corredor de la muerte (donde la residencia de ancianos hace las veces de prisión), impide su expresión. El sexo, entendido como disfrute y recreación, no puede desarrollarse de acuerdo con esta identidad, identidad que reafirma las dos cualidades que señalábamos más arriba: desarraigo social y estigma. En efecto, como hemos podido comprobar, la ancianidad se reafirma en su negatividad, tanto por su estética como por su funcionalidad. Así, mediante mecanismos estéticos, el individuo se reconoce como persona fea y, por lo tanto, no sexuada. En dicha identificación comprobamos la no presencia de la estética de lo pulido y de lo joven, que anula cualquier definición alternativa de belleza. La vergüenza que suponen arrugas y canas se tratan de evitar con cosméticos con el fin de burlar una identidad definida alrededor de significantes físicos. Existe una continua referencia a una juventud ya pasada, donde la nostalgia se interrelaciona con la resignación convencida de quien ya no tiene nada que hacer en la vida. De forma similar, mediante un discurso funcional, las personas que experimentan cambios fisiológicos tienden a interpretarlos como un impedimento para su expresión sexual. Se da la paradoja, sin embargo, de que, mientras los ancianos se definen como entes no sexuados (frecuentes son las declaraciones del estilo yo ya no estoy para esas cosas), busquen un continuo contacto físico y afectivo, tanto con palabras como con gestos. Así, la persona que se piensa vieja se supone asexuada y, por ello, deja de expresarse sexualmente. El vaticinio, que afirma que una vez anciano el individuo no mantiene ningún tipo de relación sexual, se vuelve realidad.

No podemos dejar de indicar que los individuos que han formado parte del estudio comparten una visión de la sexualidad condicionada por las circunstancias sociopolíticas propias de la España de la segunda mitad del siglo xx. Así, la sexualidad conlleva una carga simbólica donde la religión tiene la última palabra. De la misma forma, numerosas mujeres viudas se declaran fieles (fidelidad entendida y practicada como un celibato íntegro) a sus difuntos maridos, lo que condiciona sustancialmente su expresión sexual. Las personas que han dedicado toda su vida sexual a sus antiguas parejas se encuentran en una situación de desamparo afectivo en el cual se instalan. Pese a que numerosos residentes declaraban manifiestamente estar en busca de pareja, no resulta sencillo asociarse. Destaca la continua creencia, tanto de ellos como de ellas, de que su deseo no va a ser correspondido.

## La vejez erótica: hacia un *slow sex*

Se ha podido comprobar a lo largo del estudio que los residentes buscan una continua relación afectiva, física y emocional. Destacan las manifestaciones verbales de cariño que aplicadas a la juventud se considerarían abiertamente obscenas. De la misma forma, el desarrollo de elementos sexuales tales como caricias, besos y cualquier otra manifestación que implique cercanía física pretende una comunicación que incluso las personas con un grado de demencia mayor, incapaces de reaccionar ante un diálogo básico, agradecen expresamente. El comportamiento de los voluntarios, los cuales inciden en esta constante búsqueda de contacto físico, evidencia la importancia de esta interrelación. Uno de los voluntarios, ante una anciana de 96 años incapaz de moverse o hablar, me animó a que la acariciara: “Intento tocar siempre que puedo. Hay que tocarles [a los ancianos], manosea, manosea, no te va a decir nada [risas]. Pero te lo va a agradecer”.

Las personas mayores entrevistadas que afirmaron mantener un contacto sexual frecuente destacaron que este no se basaba exclusivamente en la genitalidad, si bien resultaba protagonista. Aludían a un contacto físico que se reproducía de forma constante. Estas personas fueron en su totalidad mujeres. La terapia que se está llevando a cabo en el centro mediante perros y bebés terapéuticos (diseñados con un realismo extremo, llegando a imitar el peso real de un bebé e incluso su olor) busca también externalizar el plano afectivo y hacerlo tangible. Esta terapia semanal está ganando cada vez más peso en la residencia; empezó como proyecto experimental y en pocos meses adquirió una popularidad tan evidente que ha acabado formando parte de la institución. No es casualidad que se esté extendiendo la terapia con animales a numerosos colectivos, siendo significativa la expansión de los cafés de gatos, donde la presencia continua de estos animales incita a una afectividad constante.

## CONCLUSIONES

La sexualidad de las personas mayores resulta de una evidencia extraordinaria y desmiente por completo cualquier rastro de estereotipo o prejuicio que afirme lo contrario. En efecto, como hemos comprobado, no existe una edad biológica para el desarrollo sexual. Los cambios anatómicos y funcionales que caracterizan a la ancianidad, lejos de suponerse una limitación, pueden favorecer el desarrollo y el asentamiento de un *slow sex*, entendido este como una expresión sexual orientada a la recreación y no a una productividad funcional que parece el símbolo identitario de la sociedad posindustrial. Así, de la misma forma que postulábamos más arriba una resistencia productiva de la ancianidad (no basada en su integración en el sistema imperante, sino en la reválida positiva del ocio y el tiempo libre), defendemos que los condicionantes sexuales de las personas mayores pueden ayudarnos a entender y practicar una sexualidad erótica que, sin prescindir del coito, pueda hacer uso de múltiples dimensiones donde la genitalidad representa una fracción más. La ancianidad institucionalizada que hemos observado, sin embargo, se ve limitada por numerosas variables. La residencia de ancianos constituye, como apuntábamos, una microsociedad donde el panoptismo foucaultiano adquiere su máxima expresión gracias al control institucional permanente.

Toda la bondad que promete una vida ajena al trabajo se pervierte bajo la autoridad que constriñe y define una identidad asexualada. La completa ausencia de intimidad, el desconocimiento de los empleados, así como un desprecio no hostil hacia el individuo, condicionan un espacio que hace las veces de hospital. De esta forma, el anciano se presupone enfermo lo que equivale, en el imaginario colectivo, a una limitación de su expresión sexual debido, como apuntábamos, a una normalización de la sexualidad alrededor de la reproducción. No pretendemos, sin embargo, desnaturalizar una realidad evidente; son numerosas las personas que padecen algún grado de adversidad, tanto física como mental, que suponen un auténtico reto de comunicación interpersonal. No obstante, no por ello han de suponerse entes asexualados. Encontramos aquí el paralelismo entre ancianidad y diversidad funcional. El movimiento Yes, We Fuck ha puesto de relieve esta relación de poder que oculta la sexualidad de la diversidad funcional y reclama una visibilización de cuerpos considerados desviados en tanto a su nula capacidad reproductiva. Sin embargo, en este ejercicio de reivindicación política, el movimiento no parece considerar la vejez como una categoría vulnerable dentro de la amalgama de cuerpos monstruosos.

La ancianidad es un colectivo destinado a ser mayoritario, según nuestra realidad demográfica. La importancia de una desmitificación de este grado de edad se justifica por un interés común. La ironía, por lo tanto, no puede ser más refinada; mientras nos dirigimos hacia un futuro hiperpoblado de ancianos (y, más precisamente, ancianas) rehuimos la vejez como si de una enfermedad contagiosa se tratase. ¿Qué clase de futuro podemos esperar de una sociedad gerontofóbica destinada a ser vieja? En un ejercicio de imaginación que rivalice con las grandes distopías de la literatura universal, concebimos una futura ancianidad capaz de sucumbir a los mismos prejuicios que hoy está ayudando a crear. Los modelos de corporalidad fundados sobre una visión sexual normativa alimentan una discriminación que amenaza con extenderse hasta nuestra propia senescencia. Si los modelos pulidos persisten, estamos destinados a una insatisfacción constante capaz de convencernos de ser personas asexualadas o, en el mejor de los casos, viejos verdes y viudas alegres. Sin pretender caer en un moralismo fácil, no dejamos de sugerir esta máxima deontológica: la sexualidad coitocéntrica que nos rodea puede aprender de las circunstancias de la ancianidad. En su denostada y trágica situación, tal vez nuestros mayores aún tengan algo que enseñarnos. La sensualidad, la recreación y la afectividad nos señalan el camino, a paso lento y relajado, hacia un *slow sex*.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amor Pan, José Ramón (2000), *Afectividad y sexualidad en la persona con deficiencia mental*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- Ansodi Arrieta, Marta, Ana Guerrero Gallo y Sergio Siurana López (2016), “Una intervención desde el Trabajo Social mediante la terapia asistida con perros en personas con esquizofrenia en un Centro de Rehabilitación Psicosocial”, *Acciones e Investigaciones Sociales*, 0, febrero de 2016. Disponible en <<https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/ais/article/view/1245>> [consulta: 10/1/2019].
- Arcand, Bertrand (1982), “La construction culturelle de la vieillesse”, *Anthropologie et Sociétés*, 6 (3), pp. 7-23.

- Aristófanos (2003), *Las avispas*, Córdoba, El Cid Editor.
- Barth, Fredrik (1976), *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*, México, FCE.
- Beauvoir, Simone de (1983), *La vejez*, Barcelona, Edhasa.
- Butler, Robert N., y Myrna I. Lewis (2002), *The New Love and Sex After 60: Completely Revised and Updated*, Nueva York, Ballantine Books.
- Chateaubriand, François René de (2003), *La vie de Rancé*, París, Groupe Ebooks Libres et Gratuits.
- Coenen-Huther, Jacques (1978), *Écologie et vieillissement*, París, CIGS.
- Cohen, May (1984), "Sex after sixty", *Canadian Family Physician*, 30, pp. 619-623.
- Cumming, Elaine, y William E. Henry (1961), *Growing Old: The Process of Disengagement*, Nueva York, Basic Books.
- Díaz Noriega, Óscar (2002), "La edad del erotismo. Sexualidad en la tercera edad", *Sexología y Sociedad*, 1 (1).
- Feixa, Carles (1996), "Antropología de las edades", en Joan Prat Carós y Ángel Martínez (eds.), *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Barcelona, Ariel, pp. 319-335.
- Fericgla, Josep M. (1992), *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Barcelona, Anthropos.
- Foucault, Michel (1998), *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI.
- Gennep, Arnold van (2008), *Los ritos de paso*, Madrid, Alianza Editorial.
- Gómez García, Pedro (1995), "Culminación del curso vital. Para una antropogerontología", *Gazeta de Antropología*, 11, artículo 7.
- González Moro, Alina, y Lilliams Rodríguez Rivera (2006), "Derribar los mitos en la tercera edad. Un reto para la ética médica", *Geroinfo*, 2 (2).
- Han, Byung-Chul (2015), *La salvación de lo bello*, Barcelona, Herder.
- Henderson, J. Neil, y Maria D. Vesperi (eds.) (1995), *The Culture of Long Term Care: Nursing Home Ethnography*, Santa Bárbara, Praeger.
- Herrera, A. (2003), "Sexualidad en la vejez: ¿mito o realidad?", *Revista chilena de Obstetricia y Ginecología*, 68 (2), pp. 150-162.
- Iacub, Ricardo (2009), "Deconstrucción de la erótica de la vejez en Occidente", *Revista de Facultad de Ciencias Humanas e Saúde*, 12, pp. 23-43.
- Kayser-Jones, Jeanie S. (1996), "Mealtime in nursing homes: the importance of individualized care", *Journal of Gerontological Nursing*, 22 (3), pp. 26-31.
- Kropff, Laura (2010), "Apuntes conceptuales para una antropología de la edad", *Avá. Revista de Antropología* [en línea], 16.
- Landarroitajauregi, Joserra R. (2013), *Genus: genitales y generación*, Valladolid, ISESUS.
- Leyva-Moral, Juan Manuel (2008), "La expresión sexual de los ancianos. Una sobredosis de falsos mitos", *Index Enferm*, 17 (2). Recuperado de <[http://scielo.icsiii.es/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1132-12962008000200010](http://scielo.icsiii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1132-12962008000200010)> [consulta: 10/1/2019].
- Lozano-Poveda, Diana (2011), "Concepción de vejez: entre la biología y la cultura", *Enfermería: imagen y desarrollo* [en línea], 13 (2).
- Malinowski, Bronislaw (1975 [1929]), *La vida sexual de los salvajes del noroeste de la Melanesia*, Madrid, Ediciones Morata.
- Masters, William H., y Virginia E. Johnson (1976), *Human Sexual Responses*, Nueva York, Bantam Books.
- Nieto, José Antonio (1995), *La sexualidad de las personas mayores en España*, Madrid, Instituto Nacional de Servicios Sociales.
- (2003), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*, Madrid, Talasa.

- OMS (1975), *Education and treatment in human sexuality: the training of health professionals*, Ginebra, World Health Organization. <[http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/38247/1/WHO\\_TRS\\_572\\_eng.pdf](http://apps.who.int/iris/bitstream/10665/38247/1/WHO_TRS_572_eng.pdf)> [consulta: 1/2/2016].
- Pinazo Hernandis, Sacramento (2013), “Infantilización en los cuidados a las personas mayores en el contexto residencial”, *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, 41, pp. 252-282.
- Platero, Raquel (2012), *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Preciado, Paul B. (2011), *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama.
- Prieto Chincolla, Susana (2006), “La sexualidad de las personas mayores”, *Informes Portal Mayores*, 57.
- Radcliffe-Brown, Alfred R. (1929), “Age organization terminology”, *Man*, 29 (13), p. 21.
- Ribera Casado, José Manuel, y Alfonso J. Cruz Jentoft (1992), *Geriatría*, Barcelona, Laboratorios Uriach.
- Rodríguez Alemán, Rosalía (2009), “La sexualidad al final de la vida: continuidad o ruptura”, *Atlántida*, 1, pp. 115-127.
- Rosow, Irving (1974), *Socialization to old age*, Berkeley, University of California Press.
- Wasow, M., y M. B. Loeb (1979), “Sexuality in nursing homes”, *Journal of the American Geriatrics Society*, 27 (2), pp. 73-79.
- Western Australian Centre for Remote and Rural Medicine (2004), “Sexual behaviour of nursing home residents: staff perceptions and responses”, *Journal of Advanced Nursing*, 48 (4), pp. 371-379.
- Wong Corrales, Luis Armando, Yamitsi Álvarez Rodríguez, Milagro Domínguez Miranda y Alexis González Inclán (2010), “La sexualidad en la tercera edad. Factores fisiológicos y sociales”, *Revista Médica Electrónica* [en línea]. Disponible en URL: <<http://www.revmatanzas.sld.cu/revista%20medica/ano%202010/vol3%202010/tema11.htm>> [consulta: 15/1/2016].